

Esta historia nos la contó mi abuelo en una tarde de Abril, junto a mis hermanos sentados a la vuelta del “Nono”, la escuchamos en silencio. Era domingo en la plaza de El Carmen, caída la tarde los musiqueros se juntaban para cantarle a su gente. Entre tantas voces predilectas estaba Juan Moreira “El Gaucho”, un tipo recto de buen carácter, un campero a morir. El aljibe era el punto de encuentro de coplas, vidalas y canciones que variaban entre la zamba y la chacarera. Era el turno de Juan Moreira, pelo guitarra y con su voz de zorzal enamoró a las chinitas e impresionó al gauchaje. Eran otros tiempos, las carretas, lo sulkys y los caballos, formaban parte del paisaje de una ciudad que guardaba muy bien a sus preciadas joyas. Luego del bullicio y la ovación del público que coreaba “Juan Moreira”, “Juan Moreira”, se hizo el silencio cuando alguien levantó la voz para plantar un desafío. Juan Moreira, quiero tú alma, si supero con aplausos y gritos, la canción que acabas de cantar. Sin importar quién era el extraño y un poco exaltado por el apoyo del gauchaje, Juan Moreira se plantó y dijo: De este pago soy el mejor, cantando y bailando. Entonces no des más vueltas y empecemos, total sos un paisano ganador, dijo aquel, que había llegado montado en un caballo negro, cubierto con un poncho oscuro y un sombrero aludo, que al mirarlo tenías la impresión de estar frente al mismo dueño de la Salamanca. Los conocidos de Juan Moreira intentaban convencerlo de no participar, murmurando: No le hagas caso. No vale la pena. Es el Supay. El diablo vino por tú alma. Sin prestar atención Juan Moreira, peló guitarra y empezó a entonar una zamba que estremeció a los paisanos, y las chinitas suspiraban con cada frase que salía Juan. Al término hubo un estallido de aplausos y una ovación ensordecedora. Juan Moreira se sentía ganador y preguntó al contrincante: Me dijiste que querías de mí, pero podrías decirme que gano yo? Vos te vas a quedar con mi Tordillo Negro, con este te vas ir hasta el mismo infierno, advirtió con unos ojos rojos color fuego, su adversario. Fue su turno y allá se montó en lo alto del aljibe, su guitarra sonaba con un encanto que hasta los gauchos suspiraban. Cuando empezó a cantar, las chinitas comenzaron a gritar, perdidas en el encanto de esa voz. Juan Moreira, sentía que algo se le iba desprendiendo del pecho, como si estrujaran su corazón para exprimir su esencia. El gentío enloquecido pedía otra, como jamás antes, emocionado el contrincante le dijo a Juan Moreira: Es el momento que me entregues el premio de esta apuesta. Juan Moreira, cabizbajo, sin energías se acercó al ganador, cómo te llamas le preguntó. Soy el dueño de la Salamanca, mi nombre es Supay, respondió. Justo cuando el Supay ponía sus manos en el pecho de Juan, con voz ronca un paisano desafió: Te apuesto el alma de Juan, tú guitarra y tú caballo. Si me ganás, te llevas mi alma, mi caballo y mi guitarra. Se dió vuelta el Supay, para ver de quién se trataba y pudo ver entre el oscuro sentado en el tronco de una mora un gaucho con una gran barba. Jajaja! Que ofertón, dijo el Supay. Que más podría pedir, matar dos pájaros de un solo tiro, sin dudar aceptó su desafío. Voy a ser el primero dijo el Supay. Subió al aljibe y motivado hizo temblar la guitarra, los gauchos y las chinas emocionados lloraban. El canto y la guitarra, parecían uno solo, El Carmen jamás había presenciado tanto alboroto. Terminó la canción y el Supay un poco loco y desenfrenado, arrancó su bombacha para mostrar quién era de verdad, sorprendiose a los presentes mitad hombre mitad fauno. Luego del alboroto, vino un silencio frío, que recorrió por todos los presentes. Desde el oscuro, es mi turno, dijo el gaucho con barba prominente. Con un amor gigante, acarició su guitarra y comenzó a tararear: Tay lara, tay lara, tay lara y con un silbido típico de un hombre de campo adentro, acompañó los acordes. La gente estallaba en aplausos, el paisano se había ganado a los presentes con una letra muy sencilla que decía: **Han comenzao las cosechas los changos a las viñas van. Y en un carro allá va Rosendo meta chicote a su pardal. Han comenzao del más bueno luego a las rosas se irán. Seguirán por lo de Vallejo a lo**

de Fernández viña nueva. Al término de esta canción se hace un silencio sepulcral, el gaucho de la barba prominente, se asusta y es entonces que el Supay se emociona y cree que ganó otra vez. Como un estruendo, el bullicio y los aplausos aparecen, es un mar de “Bravo”, “otra”, una sonrisa se dibuja en el cantor del pueblo. El Supay humillado, hace honor a su palabra y dice: En buena ley me has ganado, devuelvo a Juan Moreira su alma, toma mi guitarra y mi caballo. Antes de partir pregunta el Supay: ¿Puedo saber el nombre del vencedor? El gaucho responde: Mis amigos me llaman el “Turco”, pero vos llamame Jorge. Dicen que desde ese momento, “El turco” partió desde su Carmen querido, tratando de unir a los paisanos de su país, con los acordes de aquella guitarra bruja, del dueño de la Salamanca. Decían que esa guitarra tenía un encanto aparte, que con la voz de Don Jorge, eran uno solo. El reloj del tiempo marcó sus pasos, tirados por el caballo que Don Jorge ganó al Supay en buena ley. El resto de la historia, ya lo conocen, pero estoy seguro que esta otra no la sabían.

Autor: Melani Fernanda Monje

CUENTO SUB 18